

intereses y sus asambleas soberanas, donde cada uno y cada una tenían el derecho absoluto de presencia, de palabra y de iniciativa. Esa confiscación de una herencia inapreciable tuvo por consecuencia inevitables rencores que se unieron á los elementos de reacción y de rompimiento nacional.

Los bellos días del entusiasmo inicial no podían durar. A excepción de algunos representantes, el clero hizo contra su voluntad el sacrificio de los privilegios, y donde quiera que fué bastante fuerte para excitar y sublevar al pueblo, reivindicó muy rudamente la posesión de sus tierras: campesinos que nada tenían fueron impulsados á batirse para conservar los millones de los prelados. El Cambresis se había rebelado, empujado por el mismo movimiento clerical que la Flandes próxima, donde la población de los campos se reunía alrededor de sus curas, clamando por la conservación de las antiguas tradiciones, es decir, por su propia servidumbre. Los campesinos murmuraban en las diócesis del Oeste y del Mediodía; hasta en ciudades tales como Nimes y Montauban, donde los odios se conservaban por el contacto inmediato de los católicos y de los protestantes, comenzaban los asesinatos y las matanzas. En tal conflicto, el clero tenía una preciosa ventaja: «sabía lo que quería»<sup>1</sup>, mientras la Asamblea no lo sabía. Así fué que cuando los diputados católicos obligaron á sus colegas de la nobleza y del tercer estado á declarar francamente si profesaban ó no la religión tradicional de Francia, estos diputados vacilantes, inseguros y tímidos porque pertenecían á una edad de transición, porque eran á la vez católicos por la supervivencia y librepensadores por la educación, se hallaron muy perplejos y confusos. En 1790 la Asamblea constituyente discutió muchas horas para saber si había de mantenerse la revocación del edicto de Nantes! Después se ocupó de la constitución del clero, ignorando el dogma que profesaba la Iglesia, y decidió pagar muy caro unas ceremonias extrañas, aceptables para el pueblo, pero despreciable para la mayor parte de sus representantes. Como el sátiro de la fábula, los representantes de la nación soplaban el frío y el calor.

<sup>1</sup> Michelet, *Histoire de la Révolution française*, vol. I, *passim*.

Francia hubo, pues, de permanecer católica, puesto que la nueva fe de la fraternidad de los hombres separada de todo mandamiento divino no tenía aún conciencia de sí misma. Si la burguesía sobrevivió triunfante á todos los acontecimientos caóticos de la Revolución, débese á que había acabado su evolución previa y no se dejaba separar de su ideal. Pero el pensamiento libre no se había presentado aún: la burguesía no se había desprendido del misticismo evangélico y creía siempre en una moral divina destilada por la Iglesia, y ésta, no habiendo terminado aún la serie de sus transformaciones, adquirió nuevamente la superioridad.

La sociedad civil trató de establecer, por lo mismo, un arreglo con la religión cristiana; hubo curas republicanos que se prestaron á esta conciliación, creyendo que podrían obedecer al Evangelio del Crucificado á la vez que al de los Enciclopedistas, y con toda sinceridad permanecían observadores de su fe después de pronunciar el juramento que se les exigía, en calidad de funcionarios, de permanecer «fieles á la nación, á la ley y al rey, y conservar la constitución». Pero una vez más se cumplió el proverbio bíblico: no se puede servir á dos señores. El papa desaprobó á los curas juramentados, y pronto la multitud de los católicos furiosos vió en ellos endemoniados y mágicos que envenenaban la hostia con sus maleficios; se rechazaron sus oraciones, se apartaron con horror de sus ceremonias, en tanto que se acudía apresuradamente alrededor de los santos que no habían mancillado su boca con palabras condenadas por la Iglesia y que permanecían en comunión directa con el Padre santo, representante por excelencia del antiguo régimen, mejor aún que el rey mismo. El antagonismo entre la sociedad revolucionaria y la cristiandad tradicional se hizo cada vez más violento, más irreconciliable, cuando la Asamblea, convencida de que el pueblo no podía pasarse sin un culto, acordó que la gran fiesta nacional sería en lo sucesivo la de la Razón, y que se celebraría en la misma iglesia de Nuestra Señora, en el mismo lugar y en substitución del culto suprimido y sobre su altar. Semejantes ceremonias, ejecutadas con pompa teatral y falsa, no eran más que una especie de parodia de la misa católica, siéndole muy inferiores, puesto que no procedían del pueblo y entre los figurantes ninguno sentía íntima convicción. El conflicto

entre la Razón y la Iglesia había de terminarse en provecho de esta última, puesto que la Razón se erigía también en diosa, pobre, impotente imitación del pasado. ¿Era una Minerva, una Virgen nueva? Pero las oraciones no subían hasta ella, mientras que en el fondo de las criptas, las antiguas supervivencias inclinaban todavía las frentes delante de las efigies ennegrecidas por el tiempo.

Por otra parte, aunque dejando á un lado las formas del catolicismo tradicional, que no se osó proscribir y que hasta Robespierre, convertido casi en papa en un mundo de fieles, protegió ostensiblemente, como para hallar en él la garantía más segura del poder absoluto, todos los republicanos, sus instituciones y sus obras participaban del espíritu católico; todos pretendían hacer de grado ó por fuerza la dicha de la humanidad, dictarle leyes inviolables, concebidas en un cerebro infalible. «En tanto que no hayáis encaminado sobre una misma huella y moldeado en una misma forma todos los hijos de la patria, decía Duros, en vano proclamarán vuestras leyes la santa igualdad». Cada revolucionario llevaba en sí un dictador. Por fortuna, durante la grande y ferviente época de la Revolución, cuando aún obedecía á su primer impulso, todas esas dictaduras se combatían entre sí y de su choque nacía la resultante, la gran obra del pueblo. Porque la verdad es que por poderosos que se mostraran tales ó cuales individuos, por enérgicamente que su voluntad penetrara en el caos de las cosas, ni Mirabeau, ni Danton, ni ningún otro hubieran hecho nada sin la presión de abajo, sin el empuje de los infinitos clubs, de las asambleas pululantes que por todas partes se formaban, se agrupaban, se federaban, ayudando á componer, á renovar, á reanimar las asambleas más numerosas, más próximas al poder. Las federaciones arrastraban á los clubs y éstos á los cuerpos deliberantes. Los Franciscanos y los Jacobinos preparaban y decidían de antemano lo que el Municipio de París, la Constituyente y la Convención decretaban. Así es como la población francesa, excitada por el entusiasmo revolucionario, tomaba parte, con ó sin mandato, en las deliberaciones comunes.

A la guerra civil que se preparaba, encendida por el clero, y cuyos primeros chispazos hacían nacer incendios, amenazaba juntarse la guerra extranjera, tanto más temible cuanto que el ejército estaba



Museo de Versalles.

TOMA DE LAS TULLERÍAS (10 AGOSTO 1792)  
POR J. BERTAUX

Cl. J. Kuhn, edit.

todavía mandado por nobles, enemigos más ó menos encubiertos de la Revolución, y que el rey mismo, quisiera ó no, era forzosamente el cómplice y el jefe virtual del ejército de los emigrados. Los campos de ataque se habían formado en la proximidad de la frontera, en Turín y en Tréveris, y de ambos lados las comunicaciones se hacían casi libremente: hasta los oficiales recibían sus pensiones y el Estado



Gabinete de las Estampas.

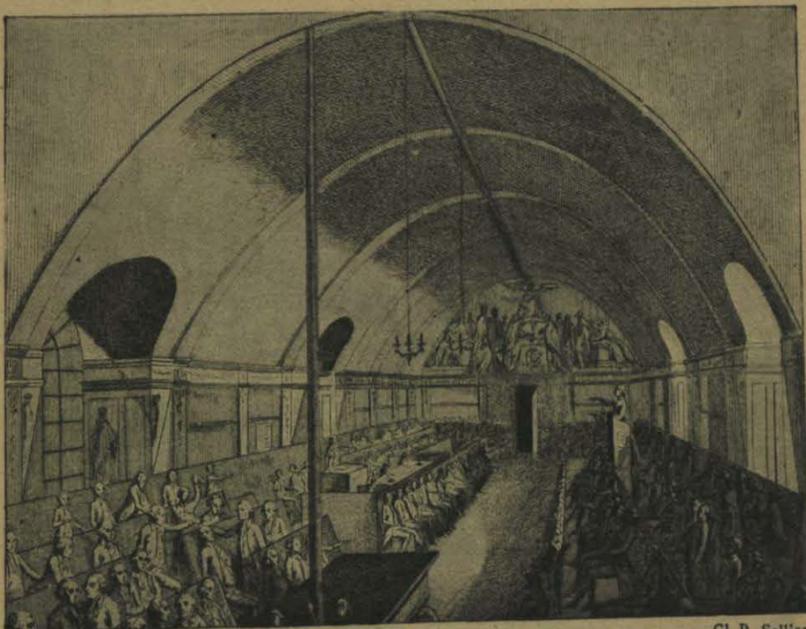
## LOS CABALLEROS DEL PUÑAL

desarmados en presencia de Luis XVI (Febrero 1791).

pagaba los uniformes y los caballos; no se sabía dónde comenzaba ni dónde acababa Francia, y para Luis XVI estaba ciertamente lejos de París: allá tropas sólidas, fieles Alemanes le esperaban para reconducirle triunfalmente á su capital temblorosa y desarmada.

Por eso trató de huir: había ya recorrido en silla de posta más de las tres cuartas partes del camino, hacia el campo de Montmedy, desde donde hubiera podido dar la mano á los emigrados de Tréveris, cuando fué reconocido y devuelto desde Varennes á su palacio de las Tullerías (1791). El golpe fatal se había dado. Desde entonces

el rey y la reina, más que sospechosos de haber hecho traición á la nación, no podían esperar ya reconciliarse con Francia, y cualesquiera que fuesen los testimonios de respeto y los juramentos de patriotismo cambiados de una parte y de otra, la ruptura conducía al proceso y á la sentencia contra Luis XVI, que fué ejecutado en 21 de Enero de 1793.



Cl. P. Sellier.

## CLUB DE LOS JACOBINOS

Hoy dividido en muchas salas, que ocupan la Sociedad de Antropología de París y sus colecciones.

Ese acontecimiento excitó el furor de la Europa monárquica, sobre todo de Inglaterra, que había de hacerse perdonar la ejecución de Carlos I. Por lo demás, asesinato por asesinato, el primero fué grandemente excedido por el segundo en importancia simbólica. La revolución inglesa no fué en la historia más que un hecho de orden insular, nacional, una disputa entre sectas, en tanto que la muerte de Luis XVI fué un desafío lanzado á todos los monarcas. La Revolución francesa, al proclamar los Derechos del hombre, tomó un carácter mundial, y en nombre de todos los pueblos oprimidos guillotiné á su rey: se trataba en Francia de una lucha entre dos principios, la monarquía reputada de origen divino y la libertad de

todos los hombres virtualmente iguales desde su nacimiento. Luis XVI resultó ser la víctima representativa de todo el antiguo régimen, de todas las supervivencias por mucho tiempo consideradas como santas, y los emigrados franceses que hacían armas contra su patria, implorando contra ella á los gobiernos extranjeros, eran lógicamente los defensores de la causa común de todos los privilegiados



Gabinete de las Estampas.

## LUIS XVI ANTE LA CONVENCION

de Europa. Sobre los diversos Estados y sus variables fronteras, se cernían, como en las leyendas antiguas, los dos espíritus que se disputaban el mundo.

Francia, como nación, se hallaba entonces en una situación que parecía desesperada. En el Oeste, los curas y los nobles habían logrado sublevar los campesinos contra los burgueses de las ciudades, quienes, por su parte, se habían agregado con entusiasmo al número de los amigos de la Revolución. De ese modo, los viejos rencores, á los que se unía entre los rudos agricultores el justo descontento causado por la arrogante centralización parisién, habían hecho surgir de nuevo la guerra cruel que existía antiguamente

entre las ciudades latinizadas, cristianizadas, y los campesinos que permanecían paganos. De siglo en siglo se había conservado esa división; aunque los antiguos adoradores de las piedras levantadas hubiesen aprendido á prosternarse en las iglesias, la enemistad había persistido entre las dos castas. El odio de la gabela y otros impuestos aglomerado en los corazones de los campesinos, se exhalaba á la sazón contra los «azules», y el anuncio de una recluta de 300,000 hombres fué como la chispa aplicada á la pólvora. En realidad, los «chouanes» eran federalistas, y no hacían más que satisfacer su viejo instinto republicano yendo á «cazar perdices» en compañía de sus hidalgos, medio campesinos como ellos. Cadoudal dijo la palabra justa á un oficial recién desembarcado: — «Amigo, id á decir á los príncipes que aquí nos batimos por algo mejor que ellos».

El desorden caótico de la provincia había dejado á la guerra tiempo para prepararse, y fué tanto más difícil reprimir la sublevación, sobre todo en la Vendée, cuanto que la naturaleza del país era de las más propicias á las emboscadas y á las sorpresas. Un laberinto de cercados cuyos rodeos solamente conocían los indígenas, colinas recortadas por pliegues y valles, sin ningún observatorio natural desde donde pudiera alcanzarse una vista de conjunto sobre la comarca; mil, cien mil desfiladeros formados por aquellos caminos huecos donde se marcha por cornisas labradas sobre las rocas, ó se chapotea en el barro ó se hunde en los pantanos; por todas partes campos cultivados por fragmentos, prados, que eran otros tantos reductos fortificados, ocultos entre arboledas de ramas entremezcladas; por todas partes troneras entre las hojas desde donde se podía tirar sin ser visto; á cada instante y de todos los puntos del terreno, señales imitando los sonidos del campo, el canto lejano de un ave, el batir de unas alas, el rumor del insecto que socava los troncos de los árboles. Aquellos ruidos tranquilizadores eran otros tantos peligros de muerte.

Luego, al otro lado de Francia, resuenan los rumores de la gran guerra, que anuncian los cuerpos de ejército, los regimientos en línea, las baterías de cañones, los viejos generales de Federico II. Todos los gobiernos de Europa se mueven sucesivamente contra Francia, culpable de haberles arrojado en desafío la cabeza de su rey. Prusia, Austria y otros Estados aliados suministran las tropas, guiadas

N.º 430. Teatro de la guerra de la Vendée.



1 : 4 000 000

0 50 100 200 Kil.

Los principales distritos de la insurrección vendeana están rayados según Vidal de La Blache.

Las primeras acciones de guerra son las de Saint-Florent, de Beaupréau, de Les Aubiers (25 de Abril de 1793), de Cholet, donde los Vendeanos quedaron victoriosos. Bressuire, Thouars, Saumur (6 Junio) fueron ocupados por ellos, pero Nantes resistió y los insurrectos entraron en sus acantonamientos, que supieron defender durante varios meses contra los ejércitos de la Convención. Por último fueron derrotados en Chatillon y luego en Cholet (17 de Octubre). Entonces tuvo lugar la lamentable expedición hacia Granville para dar la mano á los Chouanes del Mayenne y á los Ingleses. A la vuelta los Vendeanos fueron derrotados en el Mans, después en Savenay (23 de Diciembre).

La guerra, que principió, por la parte de los Blancs, por las matanzas de Machecoul (Marzo-Abril de 1793), terminó con los ahogamientos de Nantes y la devastación de la Vendée por las «columnas infernales», pero la guerra de emboscada duró hasta 1796.

El desastre de Quiberon data de Junio-Julio de 1795.

por los nobles emigrados, mientras Inglaterra suministra los subsidios. Fórmase una nueva cruzada contra la nación francesa y, sin contar el furor vindicativo del clero, no faltó el entusiasmo religioso en aquella

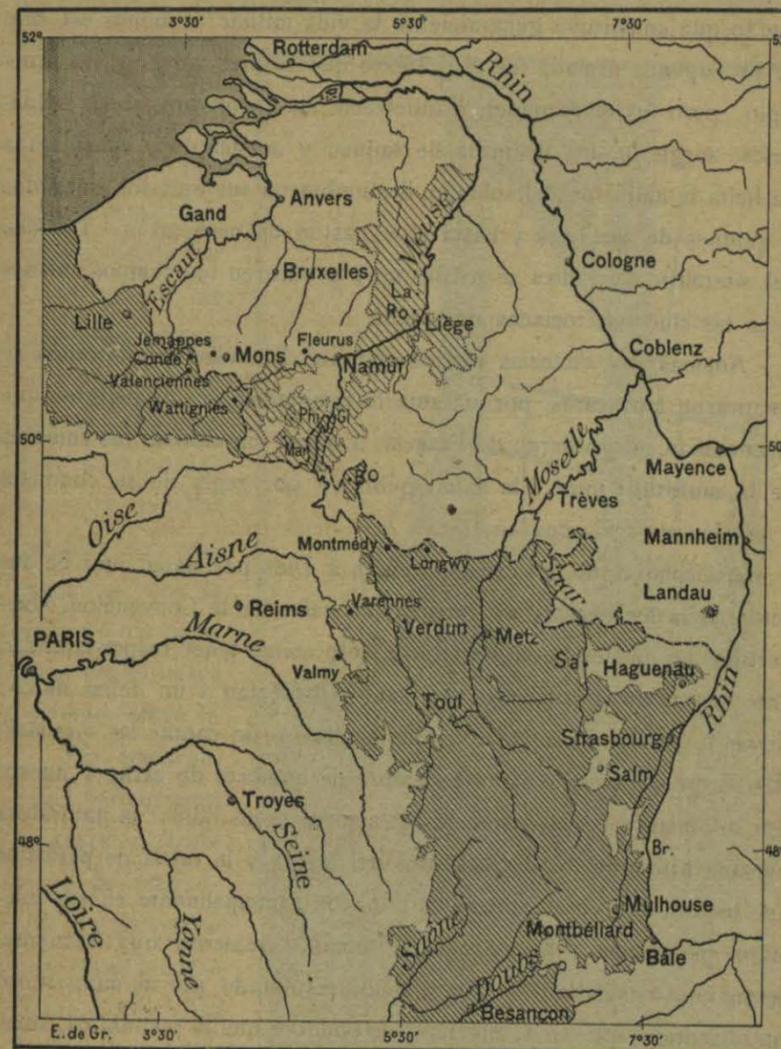
guerra santa. En muchas familias británicas constituía una parte verdaderamente esencial de la religión el odio á los Franceses, pueblo de libertinos que unen á la vez las supersticiones católicas, las blasfemias del librepensamiento y las frivolidades del mundo elegante. Se han buscado siempre razones para justificar los odios, y más que razones, inspiraciones divinas. Quedó, pues, convenido, y esto durante generaciones, que el patriotismo y la piedad no dejaban de maldecir al enemigo hereditario.

Parecía verdaderamente imposible que Francia pudiera resistir á la Europa conjurada en contra suya, al mismo tiempo que á la rebelde de sus propios hijos. ¿Pero tenía siquiera un ejército? ¿Conservaban las bandas que le quedaban alguna cohesión en ese vertiginoso caos de las revoluciones interiores y bajo el mando de oficiales traidores á la República? En plena guerra había que reorganizar todas las fuerzas militares; transformar el ejército del rey en ejército de la nación; levantar, instruir y disciplinar las masas de reclutas por centenas de millar y oponerles á los sólidos batallones de los invasores.

De todas las obras de la Revolución, fué precisamente ésta, desesperada en apariencia, la que tuvo mejor éxito. El centro de la guerra se desplazó rápidamente: de la Francia nor-oriental, donde había comenzado la lucha, el conflicto fué trasladado á Bélgica y á Alemania; los acontecimientos se sucedieron con la rapidez de una erupción volcánica. Esos grandes éxitos militares, que consternaban á la reacción europea, hubieran debido tranquilizarla por el contrario, porque eran debidos á que el movimiento de la Revolución estaba ya desviado, separado de su objeto. De propósito deliberado y para fines políticos se procuró dirigir el ardor de la nación hacia la pasión de las batallas.

El impulso á que obedecieron los Franceses de la Revolución fuera de sus fronteras era del mismo orden complejo que el que originó el movimiento de las Cruzadas, cuando caballeros, monjes y campesinos lanzados á la liberación del Santo Sepulcro se daban cándidamente como pretexto la fe religiosa para satisfacer su pasión de guerra aventurera. Ciertos sentimientos elevados se mezclaban en parte al impulso que llevó á tantos jóvenes á la frontera. Algunos

N.º 431. Las guerras de la Revolución.



1 : 4 000 000

0 50 100 200 Kil.

Los rayados estrechos cubren el territorio que Luis XIV y Luis XV añadieron al reino de Francia. El distrito de Montbéliard obedecía al Wurtemberg, los de Brisach, Salm, Saar-Union y Hagenau, á diversos príncipes alemanes; Mulhouse estaba unida á los cantones suizos; Landau, Philippeville, Mariemburgo y Bouillon formaban parte de Francia.

El obispado de Lieja está cubierto de rayas espaciadas. La = Lawfeld y Ro = Rocourt son lugares de batalla de la guerra de Siete años.

se creían heraldos de justicia y de libertad, pensando en la emancipación de sus hermanos de ultra-Rhin y del otro lado de los Alpes. Es posible que en su conjunto el ejército republicano estuviera algo

vagamente penetrado de ese ideal, hallándose así á mayor elevación que lo que constituye generalmente la vida militar, al menos ese celo de propaganda armada fué el pretexto que se hizo valer en un principio; pero no tardaron en manifestarse las costumbres de la soldadesca, surgieron los instintos de saqueo y asesinato y, considerada ya lícita la ambición del soldado, deslumbraron sus ojos los bordados y galones de sus jefes y hasta el «¡bastón de mariscal!». La idea del «ternario sagrado» se perdió muy pronto en los campos talados y en las ciudades tomadas por asalto.

Además, las victorias de los ejércitos llamados republicanos se compraron muy caras, porque ante la inminencia de los peligros que amenazaban, el gobierno de Francia, á quien impulsaban los rumores de la multitud, tomó «la salud pública» por regla de su conducta y sanción de sus actos<sup>1</sup>.

Así como antes los clérigos tenían á Dios por único juez de sus actos hacia los herejes, así también los jefes de la Convención, convertidos en dueños de la República, sólo creían tener responsabilidad ante su íntimo sentimiento del bien. Obedecían á un deber único: salvar la patria, sin reparar en los medios y sin contar las víctimas. Pero el gobierno se compone siempre de hombres de carne y hueso, con sus instintos, sus pasiones, sus amores y sus odios: la naturaleza humana hizo que los detentadores del poder y la turba de parásitos que les rodeaba viesan enemigos públicos principalmente en sus enemigos personales, y las ejecuciones sumarias debieron muy frecuentemente fundarse en datos y juicios falsos, resultando, por un monstruoso contrasentido, que en el momento preciso en que la República, sucediendo á la monarquía, pretendía constituir el derecho humano y proclamar como regla primera el respeto de la libertad individual, el nuevo régimen procedió, por el contrario, en sentido inverso de su principio, y tomó por axioma que la vida de un miembro de la comunidad carecía de importancia para la comunidad misma: algunas gotas de sangre más ó menos.

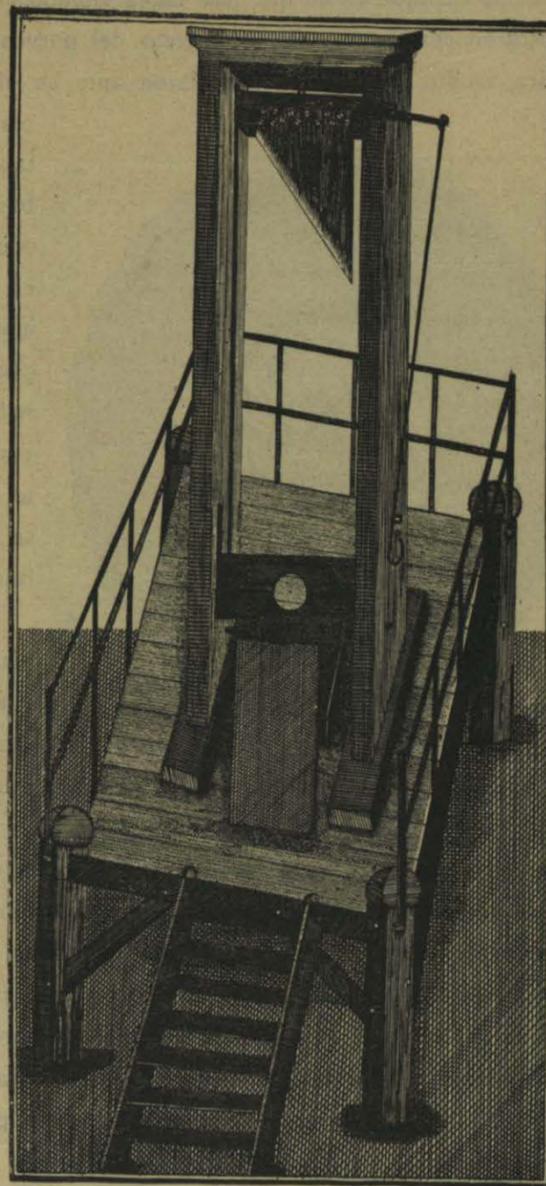
Tal fue la época llamada del «Terror», no porque en esos dos años que comenzaron en las matanzas de Septiembre de 1792 hubiera

<sup>1</sup> Théodore Duret, *Revue Blanche*, 15 Marzo 1901, p. 419.

más ó menos víctimas que en muchas épocas anteriores — la historia de Francia y la de otros países refieren muchos acontecimientos durante los cuales la sangre se derramó en mayor abundancia,— sino porque esta vez la sangre vertida fué la de un rey, de sacerdotes y de nobles: de ahí el epíteto de «terrible» dado particularmente áaquellas jornadas de venganza, en que la clase de los opresores vió el hacha volverse contra sí.

Sin embargo, aquel movimiento de reacción, fenómeno de retribución tan normal en una masa inconsciente, tuvo para la Francia republicana, que nacía á la vida moral, los más funestos resultados. Mientras que entre los ciudadanos, los unos se acostumbraban

á la vista de la sangre, á las denuncias, á las prácticas policíacas, y se agrupaban de antemano al séquito de un déspota cualquiera;



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

« LA VERDADERA GUILLOTINA ORDINARIA ES  
EL MÁS FIRME SOSTÉN DE LA LIBERTAD »

los otros se temían á sí mismos y cesaban de creer en la realización de su ideal. Entre las cabezas que se veían caer, algunas eran ciertamente de aquellas en que más había vibrado el pensamiento y que buscaron con mayor afán el secreto del porvenir. La opinión pública vaciló, los asesinos temblaron ante su obra de muerte y la



Museo Carnavalet.

PLATO CON LA INSCRIPCIÓN: «VELO POR LA NACIÓN»

reacción se hizo inevitable. Francia, ya sin brújula, sin línea de conducta, dejó el poder en manos de los ambiciosos y de los hábiles. ¡La Revolución sólo había sido una larga esperanza y la ilusión de un día! Su realización se remitía á los siglos futuros.

La igualdad no podía ser más que una vana palabra para los que no tenían parte alguna en la propiedad, es decir, para la mayoría de la nación. Suele repetirse que la venta de las tierras nobles y de los terrenos de mano muerta eclesiástica dió por resultado transformar el campesino en propietario, pero esta apreciación no está conforme con los hechos. Sí es cierto que el número de los poseedores del suelo se aumentó en notables proporciones, no fijadas de una manera precisa por las estadísticas de la época; fué aquel aumento una revolución económica de gran importancia, porque asoció nuevas capas sociales á la vida de la tierra y produjo un impulso hacia el aumento de la producción, pero el principio del reparto de los bienes regido por las eventualidades de la herencia, de la habilidad y de la casualidad, no se modificó en lo más mínimo, y la multitud de los proletarios rurales quedó como estaba antes, privada de todo pedazo de tierra, condenada á no recolectar el trigo sino en los campos de

reacción se hizo inevitable. Francia, ya sin brújula, sin línea de conducta, dejó el poder en manos de los ambiciosos y de los hábiles. ¡La Revolución sólo había sido una larga esperanza y la ilusión de un día! Su realización se remitía á los siglos futuros.

La igualdad no podía ser más que una vana palabra para los que no tenían parte alguna en la propiedad, es decir, para la mayoría de la nación. Suele repetirse que la venta de las tierras nobles y de los terrenos de mano muerta eclesiástica dió por resultado transformar el campesino en propietario, pero esta apreciación no está conforme con los hechos. Sí es cierto que el número de los poseedores del suelo se aumentó en notables proporciones, no fijadas de una manera precisa por las estadísticas de la época; fué aquel aumento una revolución económica de gran importancia, porque asoció nuevas capas sociales á la vida de la tierra y produjo un impulso hacia el aumento de la producción, pero el principio del reparto de los bienes regido por las eventualidades de la herencia, de la habilidad y de la casualidad, no se modificó en lo más mínimo, y la multitud de los proletarios rurales quedó como estaba antes, privada de todo pedazo de tierra, condenada á no recolectar el trigo sino en los campos de

un propietario noble ó burgués. Verdad es que la ley reconocía y glorificaba el derecho á la propiedad, mas para los que ya poseían, como en la parábola del Evangelio: «El que tiene tendrá más, y al que nada tiene, hasta se le quitará lo que tenga». Tal era la consecuencia forzosa de la conservación del derecho romano en el régimen de las tie-

rras. En realidad, eso era lo que la burguesía, embriagada por su acceso al poder, entendía por «Derechos del hombre»; proclamaba su potencia política, correlativa á su potencia económica y á su apropiación del suelo productor. Así, enorme fué el escándalo



que se produjo cuando en Septiembre de 1789, un cura de Issy-l'Éveque, pueblecillo pintoresco del Autonesado, tomó en serio la palabra igualdad y procedió tranquilamente al reparto igual de las tierras. Pronto se le hizo saber que atentaba contra el arca santa de la propiedad, mucho más sagrada que todos los tabernáculos religiosos. Los pobres, los vagabundos, debían quedar fuera de la propiedad, fuera de la ley.

La misma política se siguió respecto de los obreros de la industria. Por la supresión de los *jurandes* (jurados de los antiguos gremios) y de las *maitrises* (títulos de maestro), se libró el trabajo del conjunto de leyes y costumbres que prohibía el acceso de los oficios á los artesanos ambiciosos y á los burgueses incompetentes; pero los obreros no estaban armados contra las empresas de sus patronos. Los «defensores de todas las libertades», es decir, los legisladores, prohibieron á los obreros, por la ley de 14 de Junio de 1791, el derecho de coaligarse para la defensa de sus intereses, calificados de «supuestos» en el texto oficial. Chapelier, el ponente